

LA LECTURA POPULAR

Año XLIX

Orihuela 15 de Junio de 1932

Num. 1164

Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA

La homeopatía del diablo

I

Periquillo Sinécdoque, secretario del ayuntamiento de Vilaseca era un muchacho excelente; su mujer, hija del albeitar del lugar, una joven virtuosísima; sus hijos unas criaturas llenas de candor; todo era bueno en aquella casa, hasta el burro, que alojado en el corralejo contiguo al edificio, saludaba con un rebuzno lleno de ternura a cuantos entraban en él.

Cierto día, el diablo, enemigo declarado de la dicha humana, contemplando la paz que se disfrutaba en aquella casa, entró en celos y quiso derribar tanta fortaleza.

Señor, dijo presentándose ante el trono de Dios; ¿Me dáis permiso para tentar a Periquillo Sinécdoque? porque si se va al cielo tan a la pata la llana, tendrá una corona muy pequeña. Vos sabéis, Señor, cuanto influye la tentación para acrecentar el mérito de vuestros escogidos; con que si os place...

—¡Hipócrita, dijo el Señor; no es acrecentar los méritos de mis escogidos lo que buscas tú, sino hincarles el diente, pero tu malicia sirve a mi gloria y de tus males saco yo bienes. Tienta a Periquillo y en el pecado llevarás la penitencia.

Satán hizo una feísima mueca, saltó como gato espantado, y cruzando el espacio cayó dentro de la casa de Periquillo Sinécdoque por el cañón de la chimenea.

Al oír el ruido, el Lucero creyó que entraba visita y lanzó un rebuzno.

—Calla tonto, dijo Periquillo desde la mesa donde, con una pluma de ave mojada en una jícara rota, estaba poniendo en limpio el acta de la última sesión del ayuntamiento.

El ayuntamiento de Vilaseca, compuesto de gente que apenas sabía leer, tenía gran confianza en su secretario y firmaba siempre en un barbecho; y como esto lo sabía el diablo, apenas se metió en el cuerpo de Perico empezó su faena.

«Tonto, le dijo hablándole allá muy dentro del corazón; si quisieras te harías rico en cuatro días arreglando las cuentas a tu gusto y tragándote el presupuesto».



Esta tentación que a tantas gentes ablanda, a Periquillo le hizo dar un salto y ponerse muy sofocado.

—¡Ave maría Purísima! exclamó asustado, qué ideas me ocurren esta mañana.

El diablo observó que había errado el golpe y se mordió los labios pero volvió a la carga tocando otro registro.

«Si tú quisieras, con añadir un parrafillo a esa acta, te vengabas de la mala pasada que te hizo el otro día el bárbaro del alcalde y lo mandabas a presidio.»

—¡El dulcísimo nombre de Jesús!, volvió a exclamar Periquillo, no parece sino que tenga yo hoy el diablo en el cuerpo.

Satanás al verse casi descubierto, se puso verde, pero volvió tercera vez sobre su presa, y cogiendo entences al secretario por la mano con que escribía, empezó a maversele con tal gracia y soltura, que cada letra resultaba un prodigio caligráfico.

«¡Qué bien escribes! le dijo en seguida, eres el primer pendolista de Europa. Con tu letra y un poco de desenvoltura estarías hoy brillando en las oficinas de la corte en vez de estar aquí hecho un miserable.»

—Pues señor, dijo Periquillo, está visto que hoy no puedo dar una plumada. No sé como tengo la cabeza. No se me ocurren más que tonterías. Dejaré la pluma y aprovecharé el rato rezando el Rosario: así tendré eso adelantado para la noche.

«¡Malditos beatos!, gruñó el diablo, con estos hombres no hay quien pueda. Pero ya que no cayó el marido haré caer a la mujer. Haré lo que hizo mi abuelo para tentar a Adán; que empezó por Eva».

La Eva de Periquillo se hallaba en aquel momento sacando agua del pozo.

Al acabar de llenar el lebrillo en que la vertía, el agua brilló como un espejo y retrató el rostro de la virtuosísima mujer del secretario.

—¡Qué guapa eres! le dijo una voz al oído.

María sintió una terrible tentación de vanidad, pero cerró los ojos.

El diablo devoró el desaire y estuvo a punto de desesperarse, pero necesitaba vencer a todo trance y siguió en su empeño.

Entonces ideó la última diablura.

El gato de Mariquita, hermosísimo

animal que tomaba el sol en medio del corral matándose las pulgas, sintió de repente que se le clavaba así como un ascua ardiente en la raíz del rabo.

Percibir el gato la acción del vejigatorio y salir como un desesperado cruzando la cocina y rompiendo al paso dos docenas de platos, todo fue obra de un instante.

«El dulcísimo nombre de Jesús! exclamó María llevándose las manos a la cabeza: ¡Pícaro animal lo que ha hecho! Si te cojo te quito la piel y hago con ella unos zapatos al mismísimo... Pero, Señor ¡qué estoy yo diciendo? tengamos paciencia y todo sea por Dios. Ya se me iba disparando el traque.

El diablo no pudo más y escapando fuera de aquella casa cerrada a piedra y lodo a la codicia, a la ira, a la soberbia, y a todos los pecados capitales, se volvió al infierno tirándose de los pelos y dando trompetazos contra las esquinas de las calles donde dejaba unos restregones negros por el estilo de los que suelen estampar los arrendatarios de consumos con hollín de la chimenea para marcar la

**Dirección
al Filato.**

Cuando llegó al infierno, estaba jadeante, enfurecido y desesperado.

—¿Qué traes morenillo? le dijo un compañero flacucho, sonriendo maliciosamente y enseñándole una fila de dientes que parecían fichas de dominó.

Satanás, enfurecido, le contó lo ocurrido.

—Pues, señor, exclamó el diablo de las fichas, veo que te vas chiflando, compadre. ¿Cuándo has visto tú que a la gente devota se la tiente con groserías? Los pecados gordos se dejan para los pecadores poco aprensivos que hincan el diente en cuanto ven el cebo. A la gente devota hay que tratarla por la homeopatía.

—¡Por la homeopatía! exclamó Satanás levantando el hocico. Y eso de la homeopatía ¿qué es?

—Hombre, la homeopatía es un sistema médico inventado hace pocos años: es el sistema de las dosis mínimas. Cuanta menos cantidad, más efecto. ¿Tú no has observado que los clavos entran siempre por la punta? pues ahí tienes el fundamento del sistema.

Satanás se quedó con la boca abierta.

Entonces el diablo de las fichas explicó a Satanás el resultado de las últimas investigaciones de la ciencia Hanemaniana, y lo dejó aturdido.

—Pues señor, dijo, bajando el pesquezo, soy un bestia. Veas tú con ese sistema nuevo cómo te arreglas, pues lo que es yo, por el antiguo, no consigo nada.

El diablo de las fichas sonrió mirando a su cofrade con irónico desprecio y haciéndole un saludo capaz de quemarle la sangre sino la hubiese tenido tan pasada de horno, le volvió la espalda y se dirigió inmediatamente a la casa de Periquillo a dar comienzo a sus nuevos trabajos en el arte de tentar.

II.

Al día siguiente de estas escenas era día de San Pedro Apóstol, y se celebraba en casa de Periquillo Sinécdo que el santo del amo de la casa.

Los concejales del ayuntamiento de Vilaseca vinieron a felicitarle trayéndole algunos regalillos. La gente de pluma aunque sea buena, es gente de miedo y hay que tenerla contenta, pensaban para sus adentros.

El único que no parecía era el alcalde. Pero allá cerca del medio día se le vio venir con una cara que parecía un pan de ocho libras, sonriendo de satisfacción, y como diciendo, «ahora me toca a mí».

D. bajo del brazo traía un bulto envuelto en papeles de color de rosas.

Cuando llegó, saludó a los secretarios consartes y desliando el paquete, puso al descubierto su regalo.

Eran unas magníficas zapatillas de terciopelo azul bordadas en oro, que valían más de veinte duros.

—Pero, ¡Señor alcalde!, exclamaron a un tiempo marido y mujer asombrados, ¿usted se burla? ¿Para que ha hecho usted ese gasto?

—Había yo de traersus una cesta de brevas como *cualquiera probetuchó*? En algo nos hemos de distinguir las clases.

Periquillo no pudo menos de agradecer aquel regalo y se deshizo en cumplimientos lo mismo que su mujer.

—Señores, que aprovechen, y muchos años para romperlas con salud, dijo el alcalde despidiéndose lleno de satisfacción.

El secretario y la secretaria despidieron a la generosa autoridad desahuciándose en protestas de agradecimiento y le acompañaron hasta la puerta dándole muchos recados para su mujer y besos a los niños mientras el Lucero rebuznaba a tono brillante para darle también su despedida.

Cuando Perico y Maruja se quedaron solos, se miraron el uno al otro,

—¿Pero esto qué es? ¿qué demontre de arrechucho le habrá dado al alcalde para venirnos con este estrambótico regalo?



—Y el caso es, dijo Maruja, que no tienes más remedio que ponértelas porque ¿qué diría el hombre si te viese sin ellas? lo tomaría a desprecio y sabes que es muy quisquilloso.

—Y ¿cómo me voy a poner yo esas dos fincas en los pies y llevar los pantalones con estas culeras? dijo volviendo humildemente el cuerpo para enseñar dos remiendos colocados por su mujer donde no puede decirse.

—¿Te parece que esto está decente?

—Hombre, ya te dije que tenías que hacerte otro pantalón.

—Sí, pero quedamos en no comprar la tela hasta que no pagásemos la ropa del año pasado; pues eso de emperegilarse a costa del prójimo no parece muy justo.

—Pues a mí me parece que esos son escrúpulos, exclamó Maruja.

Cualquiera que en aquel momento, por medio de unos lentes espirituales, hubiese escudriñado detenidamente los rincones de la habitación en que se hallaban Periquillo y su mujer, hubiese podido observar una especie de animalucho de forma repulsiva, que sonreía enseñando unos dientes muy grandes, a tiempo que hacía funcionar un pulverizador para saturar la atmósfera con un líquido preparado, mediante la disolución de unos globulillos blancos.

Era el diablo de las fichas: el homeópata de cabecera que comenzaba su tratamiento intoxicante haciendo respirar a los esposos Sinécdo que las primeras dosis de una suavísima toma infernal: cuatro globulillos de respeto humano y dos de vanidad feme-

nil, disueltos en doscientas cucharadas de tontería.

Los esposos discutieron un rato mientras se tragaban la primera dosis, y al fin venció Maruja.

Periquillo Sinécdoque se presentó a los pocos días en la casa de la villa con las zapatillas nuevas y con unos pantalones de paño de Tarrasa que valían un potosí.

Un murmullo de admiración corrió como chispa eléctrica por la boca de todos los concejales. El alcalde se pavoneó en su sillón de barbero.

—Periquillo! dijeron todos, llevas un caudal en cada pié.

—Regalo del alcalde, señores.

—Hermoso pantalón, dijeron otros.

—Pero hombre, exclamó un tercero, le pareces a la Sirena del mar: presentas medio cuerpo de cada clase. La risa fué general.

Y había para reír. La chaqueta de Periquillo, hermana gemela de los antiguos pantalones de culera, destacaba sus remiendos sobre el hermoso negro del nuevo pantalón de un modo harto saliente.

Periquillo fué a su casa y entró en nuevas conferencias con su mujer.

Los pantalones de Tarrasa pedían a gritos una americana nueva, pero la cuenta del sastre estaba sin pagar; el sastre tenía hijos y no era justo...

El homeópata de cabecera echó otros globulillos en el vaso de María que en aquel momento se sentaba a la mesa y cuando acabó la comida habían acabado también ciertos escrúpulos que de común acuerdo se llamaron exajeraciones.

El domingo siguiente Periquillo se presentó en misa mayor con un traje completo, digno de las zapatillas del alcalde.

A la salida de misa, los amigos entraron en su casa acompañados del autor del regalo y el agradecido secretario se apresuró a obsequiarles con unas copas y unos pastelillos servidos en el modesto vidriado que Maruja heredó de su abuela y que, a juzgar por el color del barniz, parecía padecer de herpes.

—Eso no está decente, dijo Pedro al oído de Maruja.

—Pues hijo, no tenemos otra cosa, dijo ésta por lo bajo y colorada como un pimiento.

—Señores, que comer haya aunque sea en un tiesto, exclamó el alcalde que era muy bruto, y nunca abría la boca sin echarlo a perder.

—¡No señor! ¡no faltaba más! dijo Maruja muy encendida, ha sido un descuido de la muchacha y voy enseñada a...

Y por la puerta del corral voló co-

mo una flecha a casa de una vecina por media docena de platos finos con filetes doradas para substituir a la vajilla herpética y salir del apuro.

Momentos después estaba puesta la mesa y sus blancos manteles contrastaban con las negras paredes del cuarto decoradas por el humo de la chimenea.

Al sentarse el alcalde a la mesa ocurrió una peripeca gravísima. El jefe del municipio pesaba ocho arrobas y eligió una silla carcomida que no pesaba ocho adarmes; sentarse aquella humanidad gubernamental y venirse al suelo como la estatua de Nabucodonosor arrastrando consigo la mesa que era coja, todo fué obra de un instante. Platos, botellas, copas, todo rodó por el suelo haciéndose añicos y dejando más fríos que la nieve a Periquillo y a su pobre mujer.

—¿Se ha hecho usted daño, señor alcalde? se apresuraron a preguntar con solicitud.

—Me habéis reventado, *rebarajo*, dijo el alcalde soltando una de sus frases más cultas con toda la finura que le caracterizaba, mientras se ponía a cuatro piés para levantarse.

—Esto no puede seguir así, dijo María a su marido cuando se marcharon los convidados: nuestra casa es un corral: no tenemos un mueble que valga dos ochavos: estoy sofocada; ¡pobre alcalde!

—Pero, hija, ¿qué quieres que yo haga con tres mil reales de sueldo y con mujer y cuatro hijos que mantener?

Pero, Perico, la pobreza no está reñida con la decencia.

En aquel momento el homeópata infernal preparó una nueva dosis de vanidad y respeto humano y soplando con fuerza la hizo llegar a la nariz de los esposos.

—Pero, ¿y el sastre? ¿y el tendero?

—¡Que esperen! hombre, ¡que esperen! contestó Maruja con marcado mal humor.

Y el sastre y el tendero tuvieron que esperar porque Periquillo Sinécdoque, apremiado por la necesidad se había visto obligado a invertir en un mobiliario nuevo para su casa, los cuartejos que iba reuniendo para pagarles.

A los pocos días, la casa del secretario de Vilaseca estaba adornada con un ajuar completo, nuevo y flamante. Sillas, espejos, cómodas, mesitas de noche, y además, un sofá y dos butacas porque... ¿cómo prescindir de una cosa que la usa todo el mundo?

Periquillo suspiraba al ver aquello y sudaba la gota gorda, pensando co-

mo iba a desenredarse de la culebra que se le enroscaba entre los piés, pero... ¿qué dirían?

Era preciso seguir adelante.

Y Periquillo siguió adelante.

III

Han pasado veinte años.

Cualquiera que al entrar en Vilaseca, pregunte por el Secretario del Ayuntamiento, oirá que le dicen: «Mire usted, allí vive»; y que le señalan un edificio lindísimo, unido a un precioso jardín.

En efecto, de concesión en concesión y de *progreso en progreso* la casa y la conciencia de Periquillo Sinécdoque cambiaron tanto en el poco tiempo transcurrido, que llegaron a quedar completamente desfiguradas.

Para penetrar en la nueva morada del opulento yerno del albeitar ya no bastaba, como antes, meterse de rondón en la entrada diciendo: «Ave María Purísima», sino que era menester llamar de un elegante tirador, para que sonara una campanilla y acudiese una criada a abrir una gran verja.

En vano era decir entonces *la paz sea en esta casa*, pues nadie contestaba, porque en aquella casa no había paz.

Ni siquiera rebuznaba el célebre *Lucero* para saludar al recién llegado, y eso que ahora es cuando más falta hacía su rebuzno para despertar al Secretario de Vilaseca del sueño que dormía hacía muchos años.

Para ver a éste había que penetrar en una de sus habitaciones interiores con vistas al jardín, donde trabajaba envuelto en un gabán de abrigo y rodeado de montones de papeluchos. La política había cambiado. El alcalde de las zapatillas había caído, y D. Pedro se había encargado de dirigir el pueblo.

Seguía siendo el Secretario, pero en realidad era el cacique. Él hacía las elecciones: él *deshacía* los presupuestos; él amañaba las quintas, él lo dominaba todo, porque el diputado a quien él apoyaba, lo apoyaba a él; y de este modo habían formado uno de esos equilibrios políticos, cuyo centro gravita siempre sobre las espaldas del que paga y calla.

Las gentes del pueblo estaban indignadas. ¿Por qué consentirá Dios estas cosas? Dacían.

Mas si Dios consiente, no es para siempre.

D. Pedro, en cuya cara surcada de arrugas y adornada de canas se veía retratada la tristeza, empezó a decaer visiblemente.

Un día amaneció con fiebre muy alta; su mujer llamó enseguida al mé-

dico y el médico declaró que tenía una pulmonía y que había que prepararlo. Toda la casa se puso en conmoción: los lloros y gimoteos que habían comenzado en los rincones resonaron en la habitación del enfermo.

Este abrió los ojos, comprendió lo que ocurría y quedó aterrado.

—¿Será posible, Dios mío! Pero, ¿a dónde voy? ¿Qué va a ser de mí?

Entonces echó una ojeada sobre su conciencia y le pareció que se asomaba a un abismo.

Injusticias, infamias, latrocinios, y hasta delitos de sangre, cometidos, sino directamente, a lo menos a la sombra de su protección y su influencia política, formaban como una cadena que le ahogaba y parecía imposible bilitarle su salvación.

Pero, ¿donde estaba el extremo de aquella cadena?

Un ojo experto, acostumbrado a ver en la obscuridad, hubiese podido descubrir allá en cierto rincón a un bicho misterioso que llevaba en la mano un par de zapatillas a las que iba pegado un pantalón de paño de Farrasa, y a éste unida, una levita que venía luego enlazada con una vaquilla, y unos muebles, y unas ropas, y unos sombreros cada vez más elegante, y después, con un carruaje, y una casa, y un jardín, y fincas y más fincas, y papeles y más papeles, y entre aquellos papeles un hombre agobiado que gemía bajo el peso de unos fantasmas que le oprimían el corazón reclamando a gritos, los unos, sus hijos perdidos; los otros, su hacienda arruinada; otros, su paz y bienestar destruido.

—¡María! —gritó el enfermo, — ¡ven! ¡ven! que me ahogo; yo quiero romper esta cadena.

—Pero, ¿qué cadena es esa, hombre? decía su mujer aturdida creyendo que deliraba.

—Esta cadena que me ahoga.

—No la veo.

—Pues yo sí, dijo la serena voz de un viejecillo que entró en aquel momento en la habitación.

—¡Señor Cura! exclamaron ambos esposos: Dios le envía.

El cura del pueblo penetró en la alcoba del enfermo, cerró la puerta y quedó solo con este.

Una hora después salía de ella, con la sonrisa en los labios.

—Llaman ustedes al notario, dijo: que ya hemos cortado la cadena y salvado a este alma de las garras de Satanás.

Y así era en efecto; porque al terminar aquel mismo día, Periquillo Sinécdoque, después de haber hecho testamento mandando restituir cuanto

había usurpado; y después de recibir los últimos Sacramentos con el alma llena de fervor, moría tranquilamente en los brazos del Señor, bendiciendo su misericordia, y bañado el rostro por las lágrimas de la contrición.

—Pero, Señor, dijo el diablo presentándose de nuevo ante el trono de la Divinidad: ¿qué bienes nos vienen con esa gracia? ¿de qué me sirve a mí entonces tentar a los hombres?

—A tí de nada; pero a ellos de mucho; porque con tus tentaciones tienen ocasión de recordar dos cosas que no debieran olvidar jamás.

—¿Cuáles?

—Primera: que mi misericordia es infinita y se extiende a todos cuantos se arrepienten de sus pecados, aunque sean tantos como las estrellas del cielo y las arenas del mar; y segundo, que ningún hombre, por justo que sea, debe mirar con indiferencia las faltas pequeñas, porque éstas son de las que principalmente se vale tu malicia para engañarles y hundirles en el abismo del mal.

A. Clavara

CASOS Y COSAS

Todavía tenemos ante los ojos e hiriendo su retina la manifestación de colgaduras que llenaron de color y de emoción la fiesta del Sagrado Corazón.

Y a donde no llegó la vista corporal se ha encargado la prensa de hacer saber y ver que la España que constituye el verdadero pueblo y la inmensa mayoría del país es católica, es creyente...

¿Tendría tantas colgaduras la Constitución si se hiciera una fiesta en honor de su laicismo?

¿No dicen que la Constitución debe ser la expresión del pensamiento y de la voluntad de la mayoría del país?

Pues la mayoría no es laica con ese laicismo sinónimo de anticatolicismo.

¡Y qué diferencia de las manifestaciones de los católicos a las de los anticlericales. Las manifestaciones de los nuestros son sin agresiones, sin quemaduras, sin violencias, sin gritos, dentro de la misma ley que no les llena.

¿Y ellos?

Siempre la amenaza en los labios, siempre la tea en las manos: la coac-

ción es su ley, la tiranía su norma. El día que se haga el recuento de los atropellos cometidos, de los actos de tiranía ejecutados, la lista ni tendrá fin, ni explicación...

Cuando la historia escriba la página de ahora empezará diciendo: En aquellos días de luto para las ciencias y para las artes cuando tanto sabio fué al destierro y perecieron obras maravillosas de los más renombrados artistas como Salzillo, Montañés, Mena y otros, cuando fueron incendiados edificios por el mero hecho de habitarlos religiosos, cuando quedaron reducidas a pavesas bibliotecas con volúmenes impresos y manuscritos valiosísimos, algunos de ellos, fruto de la vida entera del más insigne de los polígrafos españoles de la época actual, en aquel entonces pasaba sobre España dominándola la borrasca de los enemigos de la libertad que dió suelta a los fieros y toscos jabalíes, con otros animales dañinos.

Conseguir un matrimonio civil en muchos pueblos es una victoria para apuntarla con piedra blanca...

En uno de los pueblecitos vecinos al cabo de mucho bregar lograron que una pareja consintiera en el casamiento civil.

—Nos casamos por lo civil, nena.

—Yo por la Iglesia como toda mi familia.

—Por lo civil o no hay casorio.

—¿Para cuando?

—Para el sábado...

Y llegó el sábado y la novia se fué bien de madrugada a la Iglesia confesó y comulgó, y cuando llegó la hora de ir ante el juez allá se fué, tan fresca.

Cuando salieron dice él:

—Ya somos casados por lo civil...

—Lo serás tú porque yo esta mañana he confesado y comulgado... Y mañana podías ir tú...

—Sabes que no está mal pensao... una cosa es lo que Dios manda y otra los compromisos de la sociedad...

Y allá se fueron los dos al día siguiente los dos a ver al cura... que tuvo que arreglar el desaguado de aquella pareja.

¡Y luego que hablen del laicismo del pueblo...!